

1864, en la convención de Ginebra, se obtiene el carácter de neutralidad para la Cruz Roja Internacional, pero una estructura de la paz universal parece lejana y aún inhallable. Los filósofos siguen discutiendo acerca de la fatalidad de la guerra y de su inherencia en la condición humana. Mientras los católicos instauran la oración por la paz, los socialistas prometen el fin de las guerras cuando desaparezca la explotación del trabajo humano y de la sociedad de clases: cuando no haya capitalismo, palabra mágica y demoníaca que permite esperar el futuro como el tesoro de lo deseable.

Un factor decisivo en la unificación del globo es el desarrollo de los transportes y las comunicaciones. Aún hoy, las cifras del XIX nos parecen vertiginosas. Por ejemplo: en 1860, hay 1.500 km de ferrocarril en el mundo, sin contar Europa, que tiene cien mil, ni los Estados Unidos, que suman otros tantos. En 1910, las cifras crecen y tienden a equilibrarse: Europa (330.000), Estados Unidos (380.000) y el resto del mundo (290.000).

En el agua, el velero es sustituido por el vapor (clipper, steamer) y el hierro lo es por el acero. Los trasatlánticos se convierten en ciudades flotantes y los costos de flete se abaratan, multiplicando el tráfico de gentes y de cosas, los contactos entre culturas, las migraciones. La tierra se agrieta en canales: Suez (1869), Kiel, Corinto, Panamá (1881/1914).

La gente (me hago cargo de la vaguedad del término) se «comunica» cada vez más. Insisto en cifras, a fuer de árido. El telégrafo Morse pasa de 160.000 km en 1858 a seis millones en 1900. En 1850 se venden en Estados Unidos un millón y medio de sellos postales, que serán 3.998 millones en 1900. De nueve millones de telegramas expedidos en Europa durante 1858 se llega a 334 millones en 1908. En 1876 se inventa el teléfono y en 1878 se instala la primera central del mundo: New Haven, seguida de París (un año después). En 1910 habrá ya doce millones de centrales en el planeta. Resumen de esta explosiva expansión de los intercambios y los contactos es el aumento del comercio mundial, que se multiplica por 6,5 entre 1850 y 1900.

El sistema de relaciones internacionales está dominado por el modelo capitalista-imperialista, base de toda esta estructura y su resultado más paradójico es la formación del imperio-universo, el británico, un aparato que llega a concitar 460 millones de almas, una cuarta parte de la población mundial dispersa por un equivalente de la superficie del globo, pero que resulta algo autosuficiente en sí mismo, es decir autónomo y cerrado.

## 2

Siglo burgués e industrial, científico y portuario, el siglo XIX es, obviamente, un siglo urbano. La gran ciudad es la obra maestra de la sociabilidad decimonónica y la gran ciudad se impone como modelo de costumbres y de discursos, aunque, cuantitativamente, no llegue a ser el sector preponderante.

La gran ciudad concentra población, atrayendo las migraciones campesinas. El crecimiento rápido la convierte en un lugar de encuentro de desconocidos, gente desarraigada y advenediza. Toda gran ciudad es, fatalmente, internacional y cosmopolita. Aunque, hacia 1880, por ejemplo, Londres y París sólo suman un décimo de la población

nacional, el ritmo de crecimiento va alterando esta relación. En el siglo XIX, Petersburgo crece al triple, París y Londres al 3,4, ya Viena al 4,9 y Berlín, sobre todo en la segunda mitad del centenio, época de su despegue industrial, casi 9 veces.

La gran ciudad se convierte en una barraca de gentes y de objetos. La acumulación de capitales provoca una acumulación paralela de cosas, que se advierte en el aumento de las colecciones, en la inauguración de grandes almacenes, en la fundación de museos especializados y en esa peculiar manera de museificación que es la arquitectura revivalista, que imita estilos anacrónicos. El interior de las viviendas burguesas se transforma en una suerte de estuche, atiborrado de objetos y de muebles que sirven para conservar y exhibir más objetos.

La sociabilidad de la burguesía va creando nuevas instituciones urbanas. Ejemplos son las estaciones termales y los hoteles de modelo *Palace* (de origen suizo) y de modelo *Ritz* (con restaurante y baño privado). En ellos se reúnen las clases altas a exhibir su poder y a negociar sobre inversiones y alianzas familiares.

La ópera, arte típico del siglo, aunque no originario de él, se transforma también en un arte plagado de citas, por la evocación que hace de épocas pasadas a través de los correspondientes tópicos. La opereta, ópera al segundo grado, es el arte de citar la cita, la parodia. El teatro de ópera, con sus ceremonias suntuosas, ocupa el lugar de la catedral en la Baja Edad Media y del palacio cortesano en tiempos del absolutismo.

En torno a la burguesía productiva y especuladora se agrupa el colectivo de los artistas, encargado de organizar el excedente social, el derroche. Es la versión áurea del marginado y el sacerdote del despilfarro, que el artista convierte en religión a través del esteticismo, una mística paralela a la liturgia de la alta burguesía. A todo ello se añade el traslado del juego al aire libre y el deporte al ámbito urbano, pasándose de la cacería y la cabalgata tradicionales al fútbol de los colegios aristocráticos, al golf y al cricket.

Por contra, la demanda de mano de obra barata y cuantiosa apiña en las periferias a las poblaciones obreras que viven en habitáculos estrechos, sucios y promiscuos. Los docks portuarios y los parques dan cobijo, de noche, a una población vagabunda y carente de vivienda. En las calles y las plazas habita otro colectivo característico de la gran ciudad: el de las prostitutas. Hay, por lo mismo, unas formas de vida pública y a la intemperie que se contrastan con las que ejercen la nobleza y la burguesía, dotadas de una cerrada privacidad.

La vida en el capitalismo se va profanizando progresivamente y, al tiempo, decaen las costumbres religiosas. Desciende el número de vocaciones aunque la burguesía manda elevar iglesias enormes y suntuosas, para celebrar en ellas una parte de su propia liturgia de clase. Ello provoca cierta retracción de la Iglesia hacia posiciones antimodernas y de corte político absolutista e integrista. Se vuelve cada vez más romana y «católica», es decir que se considera un universo en sí misma. Desconfía de los nacionalismos, a la vista de que los Estados modernos son cada vez más laicos y liberales.

Concentración y pauperismo condicionan una fuerte organización de la clase obrera. Las principales tendencias son la anarcosindicalista o federalista, identificada con la Primera Internacional; la marxista o socialdemocrática, identificada con la Segunda (1889, Engels); los reformistas de Ferdinand Lassalle y los obreros católicos (Acción Católica de la Juventud, Francia, 1886).

Aunque dura y miserable, la existencia obrera va mejorando sus condiciones materiales. El promedio general de vida aumenta, por ejemplo, en Francia, durante el siglo XIX, de 35 a 45 años. A ello contribuyen la desaparición, como epidemias, del cólera y el tifus, y la extinción de las grandes guerras continentales. Mientras disminuyen la tisis y las venéreas, crece el consumo de alcohol, junto con el número de asilados y suicidas. El índice de criminalidad también baja y aparecen medios de reformismo penal, sobre todo en cuanto a la abolición o no aplicación de la pena de muerte. Es la época de auge del positivismo criminológico, que ve en el delincuente a un degenerado, un enfermo o un loco. La gran ciudad va creando medicinas para los males que ella misma engendra.

El proceso de universalización provoca cierta crisis en el dominante nacionalismo de los Estados europeos. Empiezan a circular proyectos de unidad continental, desde los primitivos de Saint-Simon y Augustin Thierry (1814) que proponen un solo cuerpo político continental, aunque con respeto hacia las nacionalidades. Constantin Pecqueur, en 1844, proyecta la «República de Dios», y Victor Hugo, en 1848, en pleno sarampión democrático, los Estados Unidos de Europa, de corte federativo.

Otras iniciativas políticas también atacan al Estado nacional burgués, desde las posiciones anarquistas que persiguen su extinción, hasta Blanqui que pide la supresión del ejército y su reemplazo por milicias populares, y Proudhon que aboga por un federalismo general.

Los Congresos de la Paz dicen querer la eliminación de las guerras y Bakunin propone la huelga general contra ellas. Marx y Engels creen en el poder catártico de la guerra para acabar con el capitalismo y la misma guerra. Tras la Comuna, sus opiniones se atemperan notablemente.

Pero la guerra y la nación persisten como costumbres de la sociedad burguesa y permean el movimiento obrero. Los sindicatos austríacos se oponen al desmembramiento del Imperio y los ingleses celebran la expansión colonial que les permite mejorar su nivel de vida. Los alemanes temen a los rusos y los franceses, a los alemanes. Hay pocos internacionalistas íntegros: Jean Jaurès, que morirá asesinado en vísperas de la guerra mundial, los intelectuales errabundos, los judíos políglotas de izquierda.

### 3

El año 1889, por una decisión del almanaque que tal vez sea arbitraria y casual, pero que puede ser digerida por la razón histórica, se proyecta como el comienzo de un siglo, cargando en sus días una serie de acontecimientos que marcan la centuria ahora conmemorada. En el resto de esta rapsodia histórica cuya introducción ya fue ejecutada, nos ocupamos de algunos hechos del 89 que, rigurosa y tendenciosamente, se asocian para formar una constelación.

Mientras se celebra la Conferencia de Bruselas sobre la esclavitud, cae el Imperio en el Brasil, último país esclavista de América. Japón dicta su primera Constitución, aunque conservando el carácter sagrado del Emperador, anunciando su incorporación a las formas políticas de Occidente, al tiempo que su despegue industrial-militar. La integración de América se esboza en la Primera Conferencia Panamericana, bajo la influen-